

M. J. Sandel, *El descontento democrático: en busca de una filosofía pública*, Barcelona, Penguin Random House, 2023, 448 pp.

Hugo Neves Pérez  

<https://dx.doi.org/10.5209/rpub.98375>

El republicanismo es un pensamiento político que promueve la participación de los ciudadanos y ciudadanas en la vida política y en la toma de decisiones, un fundamento basado en la soberanía popular y en la elección democrática de los cargos públicos. Además, el republicanismo se basa en valores como la libertad, la igualdad y la fraternidad, defendiendo el desarrollo de una sociedad virtuosa y responsable como requisito vital para la estabilidad y la prosperidad de una república. Es decir, el republicanismo como corriente ideológica defiende el desarrollo de la virtud cívica, o lo que es lo mismo, la motivación para actuar de forma orientada hacia el bien común y la participación en la vida política de la comunidad. Esta virtud se basa en valores como la responsabilidad, la honestidad y el compromiso y, según la doctrina republicana, es crucial para la estabilidad y la prosperidad de una democracia. En definitiva, la virtud cívica, como base fundamental del republicanismo, es una disposición, o actitud moral, que impulsa a las personas a asumir su papel activo en la vida pública y participar en la construcción de una sociedad más justa y democrática. Elementos que configuran la obra, *El descontento democrático: en busca de una filosofía pública*, de Michael J. Sandel.

Sandel, en la actual edición de su obra (2023), divide su pensamiento en dos grandes ejes o partes; siempre centrando su análisis en los Estados Unidos. En primer lugar, lleva a cabo un análisis de la evolución de la economía política y su vinculación con el autogobierno, como elemento esencial de la virtud cívica y del republicanismo, a partir de los distintos hechos históricos que se desarrollan desde la independencia de los Estados Unidos, hasta la década de los noventa del siglo pasado. Y, en segundo lugar, finaliza su obra con una segunda parte, donde ya trata cuestiones relacionadas con la deriva de la actual filosofía política, en un contexto de globalización, y de la peligrosidad del momento político actual.

En base a esto, es de recibo, comenzar reseñando las derivas ideológicas que se tienen, sobre la economía política, y que recoge Sandel en su libro. El contraste entre las concepciones liberal y republicana de la libertad nos sugiere la existencia dos maneras distintas de entender la economía, es decir, dos respuestas diferentes a la pregunta ¿para qué sirve una economía? La respuesta liberal la dio Adam Smith en su obra *La riqueza de las naciones* de 1776, donde escribió que el “consumo es el único fin y objetivo de toda la producción”¹, unido a lo que, ya en el siglo XX, John Maynard Keynes formuló en su teoría económica “El consumo – para repetir lo evidente– es el único objeto y fin de la actividad económica”². Pero este planteamiento, que a Keynes y Adam Smith les parecía evidente, no es el único modo de concebir la finalidad económica, existe otro modelo, el del republicanismo, que sitúa su foco, y su eje de actuación, en el autogobierno.

Por lo tanto, hay dos visiones de ver la economía, dos enfoques o perspectivas que lucharan por imponer un modelo, u otro, de filosofía pública y, por ende, de dictaminar cual debe ser el tipo de relación que debe tener el sistema económico con el sistema democrático.

Desde un punto de vista de la libertad, o perspectiva liberal, la cuestión económica principal es el tamaño y la distribución del producto nacional, intentando que se gobierne desde un enfoque neutral en cuanto a los fines mismos de la economía. En las sociedades pluralistas, y democráticas, las personas tienen preferencias y deseos dispares, por lo que maximizar la producción nacional, o el PIB, no implica, según esta perspectiva, juicio alguno sobre la valía de esas preferencias y deseos particulares que tiene la ciudadanía.

En cambio, desde un punto de vista republicano, una economía nunca puede ser neutral en ese sentido. La organización de la producción y la inversión

¹ A. Smith, *La riqueza de las naciones*, Madrid, Alianza, 1994.

² J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1943.

determina si los ciudadanos y ciudadanas tienen verdaderamente voz a la hora de dar forma a la fuerza que gobiernan sus vidas, tanto en el trabajo como en la política. En ese sentido, la concepción republicana de la libertad, tal como indica el propio Sandel, “es más exigente que la liberal” (p. 29). Una economía abundante y próspera permitiría que los consumidores satisficieran sus preferencias individuales más ampliamente que una economía con un PIB, o una producción nacional, menor. Pero si las condiciones del trabajo en una economía abundante fuesen precarias o degradantes, o si la estructura general del trabajo escapara a cualquier tipo de control democrático, esta no estaría respondiendo a la aspiración de autogobierno que tan central es para la libertad en un sentido republicano.

Desde el criterio cronológico que fija Sandel, podemos señalar que tanto la concepción liberal de la libertad, en un sentido económico, como la republicana, han estado presentes a lo largo de toda la evolución política de los últimos siglos (aunque en relevancia y proporción relativamente variable y desigual). En general, el republicanismo predominó en la fase de la incipiente construcción de la nación estadounidense, y el liberalismo lo ha hecho en épocas posteriores. Desde mediados del siglo XX, el aspecto cívico de la política económica ha cedido buena parte de su espacio a un liberalismo que insiste en la neutralidad de las concepciones de una buena economía política.

Todo ello, lleva a tratar la cuestión de revitalizar esa virtud cívica de la libertad, aunque, este planteamiento, se enfrenta a dos grandes críticas. La primera es la que plantean quienes dudan de que es posible reavivar los ideales republicanos; la segunda es la de quienes dudan que sea lo deseable.

La primera objeción viene a decir que, dadas la escala y la complejidad del mundo moderno, no es realista aspirar al autogobierno tal como lo concibe a tradición republicana. Tal como señala Sandel, “desde la *polis* de Aristóteles hasta el ideal agrario de Jefferson” (p. 261), los modelos a los que se ha aplicado, históricamente, la concepción cívica de la libertad ha correspondido a ámbitos reducidos, acotados y poblados por individuos cuyas condiciones de vida les permitían contar con el tiempo, el saber y la comunalidad adecuada para deliberar sobre los asuntos públicos. Pero, en la actualidad, ya no se vive de ese modo, sino que, al contrario, habitamos una sociedad de continuo cambio, movilidad y gran diversidad. Además, ni siquiera una sociedad tan amplia, como la que tenemos hoy en día, es autosuficiente, sino que se ubica en un contexto de economía global cuyo frenético flujo de dinero, bienes, información e imágenes atiende poco a fronteras nacionales, y más a fronteras internacionales o, incluso, locales. En base a esto, los críticos de esta visión se preguntan: ¿cómo podría desarrollarse la virtud cívica en estas condiciones?

La segunda objeción, o corriente, viene a decir que, aun en el caso de que fuera posible recuperar los ideales republicanos, no sería deseable hacerlo; el hecho de que la corriente de la virtud cívica haya cedido su lugar en la actualidad, no es necesario algo que haya que lamentar y que, bien mirado, tal vez sea incluso un cambio para mejor. Estas voces críticas con la tradición republicana pueden llegar a

admitir que el sistema actual, conocido como “república procedimental” (p. 214), representa una pérdida en lo que a comunidad y autogobierno se refiere, pero, aun así, insisten en que ese es un precio que merece la pena pagar a cambio de la tolerancia y la libertad individual de elección que hay hoy en día.

En base a esto, hay que tratar la relación existente entre capitalismo y democracia, dos estratos que desempeñan, desde hace tiempo, altibajos en cuanto a su convivencia. El capitalismo como sistema económico actual, trata de organizar la actividad productiva al servicio del lucro privado; mientras que la democracia trata de empoderar a los ciudadanos, y ciudadanas, para el autogobierno compartido. Desde su nacimiento, la economía política de la ciudadanía representó un incremento de conciliación de esos dos proyectos, lo que significa que, aunque fuera por vías diferentes según la época, trató de impedir que los capitalistas ejercieran el dominio político e intentó oponer resistencia, tal como señala Sandel, a la tendencia de precarizar, o explotar, a los trabajadores y, además, al intento de disminuir su capacidad como ciudadanía.

No muchos años atrás, pocos habrían dicho que Donald Trump, podría erigirse como el referente estadounidense, o incluso de ámbito global, de la protesta populista. La tradición populista se había manifestado desde siempre a través de dos grandes corrientes: aquella que anima a la movilización popular contra las élites, la desigualdad y el poder económico que no responde ante la ciudadanía, y aquella otra que ha avalado los sentimientos, y discursos, antinmigración, racistas y antisemitas. Por ejemplo, Bernie Sanders se inspiró, únicamente, en la primera corriente, mientras que Trump basó su discurso en una combinación de ambas perspectivas. Su hostilidad hacia los inmigrantes, con promesas como la de construir un muro a lo largo de la frontera con México, parece ser que se inspiraba en ese pensamiento «nativista» de tradición populista.

Aun así, en medio de la agitación generada por la protesta populista, tanto a izquierda como derecha, se ha abierto una oportunidad para la renegociación de los términos de la relación entre el capitalismo y la democracia. Frente a la desigualdad galopante y una pandemia salvaje, la magia del mercado ha perdido su encanto y la fe en la idea de que una economía global sin fricciones traiga por fin la eficiencia, la prosperidad y la comprensión mutua ha llegado a su fin. En momentos convulsos, y de extrema necesidad, se ha demostrado que los Estados siguen teniendo un poder de decisión importante, y la política y participación ciudadana también.

Si los términos básicos de la vida económica son hechos inalterables de la naturaleza, el alcance del autogobierno queda radicalmente restringido. La política se ve reducida a un simple acto de claudicación ante cualquier necesidad específica que se presente: por ejemplo, el rescate al sistema financiero durante la crisis del 2008 o apaciguar los mercados de deuda reduciendo el déficit público en vez de invertir los recursos público en educación, infraestructuras y otras necesidades públicas que se consideran más apremiantes. Cuando la política no es más que una adaptación a los imperativos establecidos de la vida económica, pasa a ser automáticamente un ámbito reservado, únicamente, a la libertad de decisión y

elección de los expertos y los tecnócratas, dejando de lado la capacidad de autogobierno que deberían de tener los ciudadanos, y ciudadanas, en un sistema considerado como democrático y participativo.

Fue esta concepción de la economía política la que parece que ha imperado desde que comenzó la era de la globalización. Una corriente espuria de la que los administradores y políticos tomaron como la guía para solucionar cualquier crisis, o suceso crítico como el de 2008, en el plano socioeconómico, provocando una exacerbación de las desigualdades y sentando las bases para una reacción populista adversa y una continua confrontación, y polarización, política.

En síntesis, *El descontento democrático* es un libro del filósofo político Michael Sandel que analiza, de forma pormenorizada y con un alto rigor histórico, los desafíos a los que se enfrenta la democracia actual. El autor argumenta que la democracia liberal ha perdido la conexión con la ciudadanía y se ha vuelto complaciente con la desigualdad. Sandel propone una reflexión sobre cómo revitalizar la democracia y aborda temas como la meritocracia, la globalización, la desigualdad y la participación ciudadana. *El descontento democrático* es una obra que invita a pensar sobre las limitaciones de la democracia actual y los cambios necesarios para lograr una democracia más justa, cívica y participativa.